

LIBROS



Roger Bartra

• **Fango sobre la democracia / Textos polémicos sobre la transición mexicana**
> ROGER BARTRA

• **Amanecer en el Zócalo / Los 50 días que confrontaron a México**
> ELENA PONIATOWSKA

• **El presidente electo**
> SALVADOR CAMARENA
Y JORGE ZEPEDA PATTERSON

• **Calderón presidente**
> JORGE FERNÁNDEZ MENÉNDEZ

• **Reporte 2006, el desquite**
> SOCORRO DÍAZ

• **El fraude que no se vio / Crónicas de una soberanía usurpada**
> RICARDO MONREAL

• **Confrontación de agravios / La postelección de 2006**
> ALEJANDRA LAJOUS

• **La mafia nos robó la Presidencia**
> ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR

• **El mito del fraude electoral en México**
> FERNANDO PLIEGO CARRASCO

• **Un soplo en el corazón de la patria**
> SABINA BERMAN

ENSAYO

A grandes males, clásicos remedios



Roger Bartra
Fango sobre la democracia / Textos polémicos sobre la transición mexicana
México, Planeta, 2007, 305 pp.

Fango sobre la democracia es una compilación de ensayos que ofrece un fresco de la transición democrática y de los vínculos entre política y cultura en los últimos tres decenios. Sin duda, el texto más llamativo es el que da título al libro, pues remite al momento en que un intelectual emblemático de izquierda se pronunció críticamente contra Andrés Manuel López Obrador en lo más álgido de la contienda postelectoral del año pasado. El conjunto de los artículos, sin conformar un cuerpo único, funciona como una retrospectiva que contribuye a poner en contexto la postura de Bartra.

En su ya célebre artículo “Fango so-

bre la democracia” –publicado cuando privaban el enfrentamiento y las especulaciones sobre la gobernabilidad y el rumbo de la protesta–, Bartra, amén de un descarnado análisis sobre la naturaleza de la oferta política del ex candidato beligerante, condenaba su reacción tras las elecciones. Al rechazar López Obrador las reglas bajo las que compitió, ponía en riesgo la democracia, devolvía a la izquierda a un horizonte de marginalidad y provocación y dilapidaba los avances y posibilidades futuras de esa corriente. El artículo era importante no sólo por sus argumentos, que en rigor ya habían sido mencionados, sino por el peso intelectual y moral, así como la militancia histórica de quien lo firmaba. ¿Era una posición de conveniencia, la expresión de una antipatía personal o la evolución congruente de un pensamiento crítico? Este libro ayudará a formarse un mejor juicio, pues no sólo constituye un recorrido por la historia reciente de México, sino una suerte de antología e itinerario del pensamiento del autor.

Los nueve artículos recopilados abarcan desde textos escritos al calor de la coyuntura hasta estudios de mayor alcance sobre la decadencia del nacionalismo, los usos legitimadores de la antropología y la cultura, las características y dobleces del neoindigenismo, las reminiscencias de la intolerancia izquierdista o las ramificaciones y expresiones concretas de esa entelequia llamada “derecha”. Ciertamente, se nota la extracción del material de algunos viejos cajones y, en ciertos casos, las referencias históricas lucen encanecidas o los sustentos empíricos se encuentran rebasados, aunque finalmente se logra el objetivo de documentar las continuidades y matices de una trayectoria intelectual. Si los textos de ocasión destacan por su valentía, los trabajos de antropología, sociología y crítica de la cultura son los de mayor espesor y ambición. Desde esta perspectiva, Roger Bartra analiza el declive del sistema autoritario encarnado en los regímenes posrevolucionarios, cuya funcionalidad y mecanismos de legitimación fueron erosionándose lenta pero irreversiblemente. En particular, el nacionalismo revolucionario, esa prolongada superposición de pactos ideológicos, construcciones míticas y complicidades sentimentales, se enfrentó a nuevas realidades como el influjo de la cultura

global, el surgimiento de nuevos regionalismos e identidades dentro del país e, inclusive, la aparición de un indigenismo de nuevo cuño que rechazaba la tradicional visión integracionista del Estado mexicano.

Para Bartra, frente al derrumbe de lo que, por décadas, fue la ideología oficial, correspondería a una izquierda moderna proponer nuevos debates e ideas; sin embargo, observa con alarma cómo la izquierda tiende a ser copada por un populismo autoritario que no duda en adoptar las inercias del viejo nacionalismo (la xenofobia, el culto a la rectoría del Estado, el conservadurismo social, la condena ideológica) para adornar un discurso contestatario. Lo mismo ocurre con otros movimientos alternativos, como el nuevo indigenismo que emergió con el movimiento neozapatista de Chiapas, el cual, si bien denunció un paradigma fracasado de integración e implicó una revulsión en la agenda política, arrastra peligrosos anacronismos: bajo la idea de “autonomías” pueden preservarse algunas de las formas más arcaicas de dominación política y discriminación humana.

Para Bartra, tras el deceso del nacionalismo con mayúsculas, ni la cultura gerencial, ni el populismo que se alimenta del cadáver nacionalista alcanzan a formar una cultura política alternativa que sustente el cambio democrático. De modo que, aunque en grandes franjas de la sociedad pueden percibirse nuevos rasgos de tolerancia y civilidad que, aunados a los sentimientos de miedo y apatía, evitaron que las pasiones se desbordaran el año pasado, también subsisten resabios violentos y autoritarios contra los que es necesario desarrollar antídotos institucionales y culturales.

El libro de Bartra es un llamado a pensar estos remedios y, por lo pronto, no es poco lo que propone: orientar, con un esfuerzo de divulgación y diálogo, el conocimiento experto hacia el fortalecimiento del sentido común y tratar de superar el fanatismo mediante la polémica razonada. —

— ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

CRÓNICA

Querido AMLO, te abraza Elena



Elena Poniatowska
Amanecer en el Zócalo / Los 50 días que confrontaron a México
México, Planeta, 2007, 395 pp.

Para despachar el libro, esta imagen debería ser suficiente. Es miércoles 23 de agosto de 2006 y llueve. Lluve en el Zócalo de la ciudad de México, infestado de tiendas de campaña. Bajo una carpa amplia y blanca, Andrés Manuel López Obrador perora. Que Juárez. Que el fraude. Que la Convención Nacional Democrática. Entre los contados compañeros que tienen la suerte de escuchar al líder se encuentra Elena Poniatowska. Pero Elena, ay, no escucha ni participa en la discusión que sigue. “Cae una tromba —cuenta— y no puedo oír nada salvo a ratos a Dante Delgado porque su voz es muy fuerte y está acostumbrado a hablar en público. Supongo que AMLO nota mi cara de angustia porque en un momento dado dice ‘Elenita’, pero no escucho el final de su frase.”

Todo lo que importa del libro está en esa imagen: el Zócalo ocupado, el pretendido carisma del caudillo, la perpetua distracción de la escritora. El resto es casi nada aunque es demasiado: las 395 páginas de *Amanecer en el Zócalo*. ¿Qué es este libro? En teoría, una crónica íntima del plantón en la ciudad de México. Poniatowska, nos dicen, fue una testigo privilegiada del evento —permaneció con los justos, durmió no lejos del caudillo, participó en esos festivales de dignidad que fueron las “asambleas” del tabasqueño— y ahora comparte con nosotros su diario de aquellos días. ¿Diario? Los apuntes

personales ocupan, cuando mucho, una tercera parte de la obra y el resto es pedacería: recortes de periódicos, citas de discursos, largas soflamas del líder. Si la distinción todavía importa, es necesario advertir que esto no es literatura: es un producto editorial, apresuradamente escrito, torpemente armado. Lejos está la cronista de *La noche de Tlatelolco* e, incluso, la de *Nada, nadie / Las voces del temblor*. Cerca descansan esos políticos que, atisbando una coyuntura oportuna, perpetran algún libelo. Para ellos, los políticos, parece escrito este libro: aunque extenso, es poco más que un despacho, puede ser leído diagonalmente, no quita demasiado tiempo al señor subsecretario.

Quien se acerque a esta obra en busca de revelaciones escandalosas se llevará un merecido chasco. No hay aquí inesperados apuntes sobre el caudillo ni confidencias relevantes. Quien busque, iluso, reflexiones críticas hallará menos todavía: estampas sentimentales, confesiones menores, teoremas y aforismos donados por la compañera Jesusa Rodríguez. Si atendemos el estilo de Poniatowska, lo que hay es una fiesta: miles de ciudadanos —que son soles que son flores que son pájaros— tendidos hermosamente en la plancha del Zócalo. Eso y, más acá, una farsa doble: la de una intelectual que confiesa no entender nada y la de un presidente legítimo que no es ni una ni otra cosa. Bonito espectáculo: el príncipe y el escritor trenzados en una tumultuosa parodia. Ella, la escritora, no aconseja ni critica ni advierte siquiera —como, digamos, Martín Luis Guzmán ante Villa— el feroz antiintelectualismo del caudillo. Él, el político, no escucha ni pide consejo, menos a la escritora que nada sabe. Decir que entre uno y otro existe un acuerdo ideológico es decir demasiado. Poniatowska lo declara más de una vez: no sabe de izquierdas ni de derechas, sabe que Andrés Manuel la buscó y “seguramente una de las razones para creer en AMLO fue que él personalmente buscara mi apoyo”. Divina simbiosis: la escritora engorda su ego; el caudillo, su cacareada legitimidad.

Es ya demasiado tarde para asestarle a Poniatowska el conocido sermón sobre la independencia intelectual. Ella, además, lo conoce. No hace mucho, cuando Héctor Aguilar Camín rimaba con Carlos Salinas de Gortari, Poniatowska declaró: “Un intelectual debe mantenerse alejado del poder. La cercanía con los poderosos destruye. La ronda en torno del príncipe es siempre degradante y a veces mortal.” En la ronda alrededor de López Obrador, Poniatowska viste mucho pero importa poco. Da pena atestiguar, a lo largo de la obra, cómo cualquiera la desdén: Jesusa la regaña, sus amistades la amonestan, AMLO no la atiende. En una anécdota lastimosa, Poniatowska se pasea por el Zócalo con una carta en la mano: Cuauhtémoc Cárdenas acaba de escribirle y ella desea compartir con alguien la noticia. Cuando se cruza con López Obrador, éste declara no tener tiempo para minucias y le aconseja ocuparse de cosas más importantes. Elena hace caso: guarda su cartita y se encierra a escribir el discurso con que inaugurará día después la Convencional Nacional Democrática. Allí dirá: “Como borregos no le

servimos para nada a Andrés Manuel López Obrador; como seres pensantes, sí [...] Hoy es un gran día, es el día de nuestra conciencia, dialoguemos con ella para que en ella se haga la luz.”

Alguna vez Adolfo Castañón celebró que, en *La noche de Tlatelolco*, Poniatowska hubiera sacrificado la figura del narrador sin renunciar a responsabilidad alguna. En *Amanecer en el Zócalo* ocurre justo lo contrario: en vez de desvanecerse, Poniatowska se reserva el sitio protagónico; antes que asumir alguna responsabilidad, se disculpa. (“La verdad, nunca sé en qué me meto y sigo sin saber decir que no.”) La diferencia entre un libro y otro es pasmosa. Allí, la autora anda entre los protagonistas y arma un encendido *collage* del movimiento estudiantil; aquí, el protagonista único no termina de abrirle la ligera puerta de su tienda de campaña. Ante la lejanía del Mesías, todo se llena de serafines: ampliamente citados, Lorenzo Meyer, Sergio Aguayo, Jaime Avilés, Octavio Rodríguez Araujo y compañía componen un previsible corro analítico. (Se citan también, sin discutirlos, algunos textos adversos a López Obrador: “¡Es bien bonita la democracia!”) A la derecha del Padre descansa, inmaculada, Jesusa. Que “dice verdades de a kilo”. Que “les abre la conciencia a muchos”. Que, si la asamblea no se opone, es ya el personaje clásico de la literatura sapiencial mexicana.

No se descubre nada si se dice que Poniatowska es esencialmente ingenua. De hecho, se dice poco si nada más se afirma eso: su comportamiento raya a veces —como ha notado Luis González de Alba— con el cinismo. Ser cándido podría ser, al fin y al cabo, una ventaja: en medio de los políticos profesionales, el ingenuo podría exponer sin cautela cosas que aquéllos no ventilan. Pero Elena no dice nada. No a López Obrador, con quien se encuentra —según su propio testimonio— sólo un puñado de veces, y tampoco a los lectores. Curiosamente, oculta la información más importante. Una y otra vez apunta que las personas en la calle la reconocen, la abrazan, la besan, pero nada revela sobre sus escasas

reuniones a puerta cerrada con AMLO y su equipo. Entonces titubea, pierde el oído, se distrae con el despampanante huipil de la Jesu. Más todavía: en un momento confiesa que no sabe en qué se ha metido y al siguiente ya alecciona a la muchedumbre como si lo supiera. Ni siquiera está allí, jugando cínicamente un rol secundario, para atisbar la oscuridad y escribir después algunas páginas válidas. Si Martín Luis Guzmán aprovechó su cercanía con los caudillos para escribir memorables retratos de ellos, Poniatowska gasta sus días en el Zócalo para arribar a esto: “[Andrés Manuel] Es el hombre más besado y abrazado de México. No entiendo cómo todavía le quedan mejillas.” —

— RAFAEL LEMUS

DERECHAS

Calderón, el mal menor



Salvador Camarena y Jorge Zepeda Patterson
El presidente electo
México, Planeta, 2007, 366 pp.



Jorge Fernández Menéndez
Calderón presidente
México, Grijalbo, 2007, 357 pp.

A un año de la elección más reñida en la historia de México, cada quien tiene su propia versión de lo ocurrido. Exagero: el grueso de los filoperredistas ha claudicado de su función de pensar para abandonarse blandamente en la interpretación del



líder iluminado. Mi versión es la siguiente: luego de una campaña intensa y de una elección concurrida y limpia (recordemos que el PRD no presentó una sola impugnación el 2 de julio), Andrés Manuel López Obrador decidió negar su derrota como una forma de sobrevivir dentro de su propio partido y así evitar el canibalismo propio de las tribus que lo integran. Nació así el mito del fraude. Mito poderoso alimentado de varios factores: la teoría de la conspiración, el victimismo y una larga tradición de elecciones fraudulentas. En estos elementos López Obrador se apoyó para tratar de arrebatar lo que perdió en las urnas. Con una franca intención golpista, reunió multitudes y ante ellas chilló, amenazó y chantajeó con la violencia primero al IFE y luego al Tribunal Electoral. Durante varias semanas asistimos impávidos a ese intento de golpe de Estado (transmitido en vivo a todo el país por las frecuencias de *Monitor*). Finalmente, nuestro sistema electoral —hecho a prueba de muchas cosas, menos a la ausencia de democratas— resistió la andanada. Hoy, que navegamos por aguas turbulentas (sindicalismo insaciable, narcotráfico alebrestado, oposición autista) solemos olvidar que nos libramos de haber caído en el precipicio del caudillismo mesiánico.

Es común oír decir que López Obrador perdió por tal o cual motivo (su soberbia en primer lugar, la ausencia de autocrítica en su equipo más cercano, el pésimo trabajo de las redes ciudadanas, su inasistencia al primer debate, su desprecio a las clases medias, su discurso agresivo y de ruptura social, la total impericia en asuntos electorales de Horacio Duarte —ese abogado que gusta citar a Stalin— el activismo de Fox), pero se suele restar mérito al timonel que nos condujo hasta buen puerto: Felipe Calderón. ¿Quién es Felipe Calderón? Salvador Camarena nos brinda claves para entenderlo en su libro *El presidente electo*, escrito en mancuerna con Jorge Zepeda. De él extraigo los elementos de la biografía calderoniana.

¿QUIÉN ES CALDERÓN?

Felipe Calderón nació en Morelia, en 1962. Desde niño soñó con ser presidente (aunque la primera vez que lo reconoció en público fue en 1996). Hijo de Luis Calderón Vega —uno de los fundadores del PAN—, y casado con Margarita Zavala desde 1993: sin ella no se entiende a Calderón. Panista clasesmediero, con fama de jefe irascible y demandante.

En Morelia, estudió la primaria con la congregación de las Hermanas del Espíritu Santo y con los padres maristas. Sus primeras actividades sociales, organizadas por los maristas, fueron para ayudar a comunidades pobres. Vivió con intensidad la carrera política de su padre: en no pocas ocasiones participaron él y sus hermanos en sus mítines callejeros. Su padre renunció al PAN en 1981, y murió en 1989, luego de varias embolias cerebrales. Cuando salió su padre del partido, Felipe Calderón encontró en Carlos Castillo Peraza el asidero intelectual y el guía que le ayudaría a trazar su camino.

Estudió leyes en la Escuela Libre de Derecho. “Era desafiante, era retador intelectualmente, combinaba una lucidez intelectual notable con cierta irreverencia hacia los maestros”, recuerda Juan Miguel Alcántara, su mentor. Gracias al apoyo de Luis H. Álvarez, fue postulado como diputado de la naciente Asamblea Legislativa del DF en 1988, y como diputado federal en 1991. En 1989 cursó una maestría en economía en el ITAM. Su primer viaje al extranjero fue a Texas, ese mismo año. En 1993, Castillo Peraza fue investido presidente del PAN y Felipe Calderón ocupó la Secretaría General. En 1995, se lanzó como candidato al gobierno de Michoacán, y, aunque subió la votación del partido del once al veinticinco por ciento, perdió. La relación con Castillo Peraza se cuartearía sin remedio a partir de 1997, durante la campaña de éste por la Jefatura del DF. A pesar de que Calderón, llorando, le rogó que se quedara, Castillo Peraza renunció al PAN en 1998 y poco después, en 2000, fallecería en Alemania; la muerte los encontró

distanciados. Dice Germán Martínez: el triunfo de Calderón es el triunfo de Castillo Peraza. Como presidente del PAN, lo marcó su colaboración con Zedillo. El acuerdo tácito fue: reforma electoral definitiva y el cargo de Lozano Gracia en la Procuraduría, a cambio del apoyo panista en las cámaras. Ambas experiencias dejarían insatisfecho al PAN y tendrían costos para Calderón. La relación con Zedillo se fracturó a consecuencia del Fobaproa, pero las negociaciones entre el gobierno y el PAN continuaron. Con Vicente Fox, la relación siempre fue muy difícil. Como presidente del PAN, tuvo trato frecuente, incluso amistoso, con el presidente del PRD, Andrés Manuel López Obrador. Ahora le parece, dice Calderón, que López Obrador “es alguien que se ha venido llenando de mucha amargura, de mucho rencor, de mucha frustración”. (En el libro que López Obrador escribió sobre el Fobaproa, el nombre de Calderón no aparece entre los responsables de esa operación.)

A los 36 años —luego de haber sido dos veces diputado, secretario general del PAN, candidato a gobernador de Michoacán, líder nacional de su partido—, decidió irse a estudiar un doctorado a Harvard. “Recuperé la capacidad de sentirme feliz”, dijo. En el 2000 regresó a México y acompañó a Fox en algunas giras. Llegó de Harvard mejorado, más sereno. Pero en general sus amigos dicen que es “un tipo intenso, complicado”. De él comentan que tiene seguidores, no compañeros. Felipe Calderón en verdad cree que él debe solucionar el problema de México. Asume a fondo su responsabilidad. En el 2004, renuncia a la Secretaría de Energía, luego del regaño público que le propinó Fox de resultados del lanzamiento que hizo Francisco Ramírez Acuña de su candidatura para la Presidencia. Está convencido de que hay que tomar decisiones, aunque sea por mayoría. Dice Calderón: “El ambiente legislativo va a estar marcado por la negociación. Entiendo perfectamente cuándo es tiempo de guerra y cuándo es tiempo de paz.”

Duerme poco y se despierta con va-

rias tazas de café. Le encanta viajar por México. “Tiene fama de mejor amigo que jefe —señala Camarena—, de mejor orador que diplomático, de ser más hábil en la negociación de la sustancia que en el cuidado de las formas.” Es dicharachero. Le gusta celebrar cantando mariachi. Lee poco: *Crimen y castigo* lo marcó. Encuentra de inmediato la esencia de un problema, y sus implicaciones, pero luego duda, titubea y mete reversa.

FELIPE Y SU ESCUADRÓN

Pero Calderón no ganó solo la elección. Sus adversarios afirman que ganó gracias al apoyo de “los poderes fácticos” (empresarios, televisoras, Fox). Lo cierto es que Carlos Slim, el segundo hombre más rico del mundo, apoyaba a López Obrador (para conseguir ese apoyo, por cierto, le vendió al empresario a precios de locura cientos de propiedades del Centro Histórico), así como también es cierto que muchos empresarios terminaron por apoyar a Calderón por las continuas agresiones y desplantes verbales del AMLO en contra de ellos. ¿Las televisoras? Es un hecho que López Obrador contaba con el apoyo de TV Azteca (en cuyos canales tenía un programa propio que se transmitía martes y jueves, por las mañanas y en las noches) y de Televisa (gracias a su amistad con un alto directivo de esa empresa, las entrevistas con el perredista eran suaves y duras con Calderón), además de que fue el candidato que más gastó en *spots* durante la campaña. ¿Y el descarado apoyo de Fox? Dudo mucho que las chocarreras frases de Fox (el oro y el moro, el jinete y el caballo) hayan hecho cambiar la opinión de un solo votante perredista, a menos que creamos en su retraso mental, algo que, al contrario de muchos perredistas, me niego a considerar. No, Calderón no ganó solo. Lo hizo acompañado de un equipo de jóvenes talentosos, *su escuadrón*.

Zepeda Patterson, al que no se puede tachar de panista, afirma que, la de Calderón, “fue una verdadera hazaña política, por donde se le mire”. Por su parte, Fernández Menéndez, éste sí

filopanista, afirma que, en 2005, México tenía más posibilidades de ganar el Mundial de Fútbol que Calderón de convertirse en presidente. En menos de un año, Calderón se impuso a Santiago Creel, a Vicente Fox, a Manuel Espino y a López Obrador, “el fenómeno político —dice Zepeda— más sorprendente de los últimos años”. En lo cual yerra Zepeda, pues apelando a la lógica se puede afirmar que más sorprendente aún resulta quien pudo vencer a tal “fenómeno político”.

En ese escuadrón, comandado por el hoy Presidente, fue determinante el papel de Juan Carlos Mouriño, el organizador. Mouriño impuso disciplina pero sobre todo impulsó una metodología —basada en la investigación y el análisis— que ha demostrado ser muy efectiva. Se empleó primero para conquistar la candidatura del PAN (estrategia basada en ganarse a los liderazgos locales, y más a fondo: a los operadores políticos que estaban detrás de esos liderazgos) y más tarde para conquistar la Presidencia. Enamorados de las teorías simplonas, los filoperredistas prefieren seguir creyendo que se ganó “con el apoyo de los de arriba”, en vez de mirar con más atención el trabajo metódico de los que estaban “abajo” del propio Calderón. Fue ese equipo, esa escuadra, la que obligó a Calderón a asumir públicamente que la campaña no funcionaba y que debían dar un golpe de timón. Se llevó a cabo y los resultados no se hicieron esperar. La distancia, que en marzo era todavía de diez puntos, se fue acortando hasta que, a finales de abril, *Reforma* publicó la primera encuesta que lo ponía a la cabeza de las preferencias electorales. Todo lo contrario sucedía en la campaña de López Obrador, donde él se obstinaba en tomar todas las decisiones y no había nadie que se atreviera a hacerle el menor señalamiento crítico. Los caudillos, nos enseña la historia, no saben ganar elecciones: acostumbran tomar el poder a la fuerza.

Por un lado, un equipo de jóvenes muy preparados que utilizan las encuestas y los análisis para detectar errores y corregirlos, para sugerir derroteros y

ceñirse a ellos férreamente. Por el otro, un equipo integrado casi por puros cartuchos quemados del salinismo, repletos de mañas y expertos en golpes bajos (como la guerra sucia que orquestaron en contra de Hildebrando, que casi les cuesta la Presidencia a los panistas). Concluye Salvador Camarena que el escuadrón de Calderón tomó decisiones políticas muy audaces por no conocer las reglas no escritas de la política mexicana. En resumen: la técnica se impuso a la politiquería.

LOS OBSTÁCULOS

Frente a la avalancha de libros escritos sobre López Obrador, antes y después de las elecciones, sólo dos libros han buscado comprender la estrategia de Calderón para alcanzar la Presidencia: el de Camarena-Zepeda y el de Fernández Menéndez. El primero de ellos, *El presidente electo*, está dividido en dos partes, la inicial (que detalla la biografía de Calderón y, sobre todo, hace un esfuerzo muy notable por adentrarse en las entrañas del equipo calderonista) es obra de Salvador Camarena, y la complementaria (en donde se analizan los retos y obstáculos que enfrentará en el poder el nuevo mandatario) de Jorge Zepeda Patterson. Se trata de un libro serio de investigación, crítico de Calderón y escéptico ante los retos que éste debe enfrentar. El segundo, *Calderón presidente* de Fernández Menéndez, se presenta como “una crónica que no intenta disfrazarse de falsa objetividad”. Libro que reúne entrevistas con Calderón y una serie de artículos que el autor fue escribiendo a lo largo de la campaña, es disparejo, prolijo y débil. Ambos volúmenes, empero, son necesarios para entender las claves del México que hoy vivimos. Ambos libros coinciden en señalar que no es López Obrador el mayor obstáculo al que deberá enfrentarse el gobierno de Calderón, sino el desafiante y creciente poder del narcotráfico. Lo acertado de ese pronóstico lo vemos día a día traducido en ejecuciones y balaceras, en presiones nunca antes

vistas –como la reciente escaramuza de la mafia internacional, que públicamente intenta doblegar al gobierno a través de la mitomanía levantada por el chino naturalizado mexicano Ye Gon. Otro de los desafíos de Calderón es el del sindicalismo magisterial. Para Zepeda, el haber entregado la educación básica al SNTE es una “irresponsabilidad como Jefe de Estado”. Sin embargo, reconoce necesaria su alianza con ese sector: “El problema con el sindicalismo corporativo es que son pésimos aliados del gobierno, pero como enemigos son aún peores.”

Y si no lo creen, pregúntenle a Madrazo, o a lo que queda de él.

El reto mayor, sin embargo, no le corresponde a Calderón como presidente sino a la ciudadanía en su conjunto. El reto consiste en poder articularse, en organizarse como fuerza vigilante y activa. El reto mayor: transformarnos de súbditos en ciudadanos. No hay mejor antídoto contra el populismo o el autoritarismo que una ciudadanía dueña de sus derechos y responsable con sus deberes. A eso debemos aspirar, o terminaremos por hundirnos. —

— FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

IZQUIERDAS

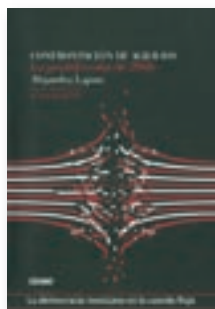
La visión de los vencidos



Socorro Díaz
Reporte 2006, el desquite
México, Tinta editorial, 2007, 179 pp.



Ricardo Monreal
El fraude que no se vio / Crónicas de una soberanía usurpada
México, ed. particular, 2007, 228 pp.



Alejandra Lajous
Con la colaboración de Santiago Portilla
Confrontación de agravios / La postelección de 2006
México, Océano, 2007, 187 pp.
("Tiempo de México").

¿Quién dijo que la historia la escriben los vencedores? Al menos el candidato perdedor de la elección del 2 de julio del 2006 y un número significativo de sus colaboradores y simpatizantes están dedicados activamente a difundir su versión de los hechos que dieron lugar al resultado polémico de la elección para presidente de la República. A la fecha se han publicado, por parte de varios miembros de este círculo, al menos una media docena de libros.

Que sigan las encuestas reflejando que más de una tercera parte de la población cree todavía –a un año de la jornada electoral– que hubo “fraude”

en las elecciones presidenciales no es un contexto despreciable para la (continúa) aparición de libros sobre una de las campañas más competidas en la historia reciente del país.

Aun así, uno tendría que preguntarse qué tanto contribuye un libro más a los ya publicados, y qué motiva, en lo individual, a cada uno de quienes colaboraron con Andrés Manuel López Obrador en su campaña a escribir su propio libro, después de tener en sus manos el libro más reciente de otro de sus colegas. Porque el hecho es que en los libros aquí reseñados, así como en varios de los otros que salieron a la luz desde el 2 de julio del 2006 (como los de

El Colegio de Michoacán,
El Centro de Investigación y Docencia
Económicas, La Escuela Libre de Derecho,
El Colegio de México y El Instituto de
Investigaciones Dr. José María Luis Mora
invitan al curso

Historia y Constitución

Trayectos del

Constitucionalismo

Hispano

La constitución histórica.
El sujeto de derechos.
La constitución y la ciudadanía.
La organización del territorio.
La justicia.
El gobierno y la administración.
Del "ministerio de papeles" al
"procedimiento".
La formación de los juristas.
El orden jurídico.
Trasgresión y restauración
del orden.
¿Existe un modelo constitucional
hispano?.

17 al 22 de septiembre de 2007

Auditorio del Instituto Mora
9:30 a 2:00 pm

Inscripciones

del 1 de mayo al 7
de septiembre de 2007
Costo: 4,000

Informes: comunicarse al
tel. 5598 3777 exts. 1112, 1163

Se otorgarán descuentos
a maestros y alumnos.

El programa puede estar sujeto a cambios.



www.mora.edu.mx

Federico Arreola o Elena Poniatowska), no hay diferencias en lo sustantivo respecto de la versión que públicamente ha ido construyendo el propio López Obrador acerca del resultado de la elección. Podemos suponer, por lo mismo, que los libros que pueden venir de las plumas de otros colaboradores cercanos de AMLO, como de Manuel Camacho —que ha escrito antes libros de este género en otras coyunturas de su carrera política— o José María Pérez Gay y Rogelio Ramírez de la O —encargados de áreas específicas de la campaña—, no variarán mucho en su interpretación del 2006. (Más interesante, independientemente de la capacidad de expresión literaria de cada quien, sería conocer la perspectiva de algunos de los *apparatchiks* del partido, como Jesús Ortega, Carlos Navarrete o Acosta Naranjo, que pudieron ingresar al círculo cercano de AMLO. Aunque precisamente por su *modus operandi* no sentirán, seguramente, la necesidad de publicar un libro que los comprometa más allá del último acuerdo alcanzado.)

En general, todos los libros escritos por los seguidores de López Obrador se ciñen a una versión compartida, en la que destacan los mismos episodios y puntos de controversia, y lo que creen con respecto a cada uno de ellos. Al fin de cuentas, todos derivan su posición sobre los hechos de la que el propio Andrés Manuel López Obrador ha remarcado en su discurso —desde la propia noche del 2 de julio y, tratándose de ciertos acontecimientos, desde sus primeros pasos en el gobierno del Distrito Federal en busca de la Presidencia de la República. Ahora, dicha versión se encuentra plasmada en un libro escrito por el propio AMLO, cuyo título no deja duda, ni margen de compromiso: *La mafia nos robó la Presidencia*.

No es de sorprender que la versión dominante sea la de AMLO, si fue (y sigue siendo) el propio López Obrador quien determina la estrategia, resuelve las diferencias entre sus asesores y líderes de los partidos aliados y, en general, tiene la última palabra en todo. Ni Socorro Díaz en *Reporte 2006, el desquite*, ni Ricardo Monreal en *El fraude que no*

se vio, ni los demás libros del cada vez más reducido círculo de seguidores de López Obrador varía de la versión lopezobradorista. Aunque, hay que decirlo, mientras más reducido el círculo, más firme la convicción del fraude.

La versión, detalles más, detalles menos, es la siguiente: 1. Sus enemigos se aliaron en su contra como jefe de Gobierno del Distrito Federal (en el caso del desafiado y en el caso Ahumada); 2. Vicente Fox hizo campaña desde la Presidencia en su contra; 3. El IFE fue integrado y actuó en forma parcial; 4. Los empresarios y las televisoras usaron recursos en su contra; 5. En la difusión de los resultados, primero por el PREP y después por el IFE, hubo manipulación; 6. Elba Esther Gordillo inclinó la balanza en su contra, y 7. Las autoridades electorales se negaron al recuento de los votos.

La diferencia mínima del 0.58 por ciento de los sufragios (según el cómputo del IFE), en la opinión de los lopezobradoristas, no es prueba de lo cerrado de la elección, sino de que les fue robada. Su convicción parte de la idea de que se trataba de una elección que, meses atrás, ya habían ganado.

Por eso, lo más interesante de lo que no dice ninguno de estos libros es qué ocurrió en la campaña cuando, pasado el punto de inflexión en las encuestas, empezó la caída de más de diez puntos para cerrar una elección que, en el círculo de AMLO, ya habían declarado concluida. Para los lopezobradoristas, la lucha siempre se redujo, de manera simplista y maniquea, al conflicto entre conservadores y progresistas; sólo que, en esta caricatura de la historia contemporánea, nunca tuvieron una teoría para explicar (antes del 2 de julio) por qué el número de conservadores aumentaba y el de progresistas disminuía, según lo describían sus propias encuestas.

Ninguno de los libros de los seguidores de AMLO busca analizar demasiado, y menos cuestionar, la lógica que siguió la campaña —ni qué le hizo perder frente a los electores la ventaja alcanzada al inicio. Nada hay sobre la dialéctica entre el candidato, la propuesta y la ciudadanía. A lo más, hay alguna mención

anecdótica del impacto negativo de algún “¡Cállate, chachalaca!”

En su *Confrontación de agravios / La postección de 2006*, Alejandra Lajous (con la colaboración de Santiago Portillo) hace un esfuerzo para recorrer el mismo camino narrativo que los seguidores de AMLO. Y Lajous lo hace con la ventaja de no haber sido parte del círculo interno, y de contar con el oficio desarrollado de cronista sin permitir que interfieran las pasiones lopezobradoristas en los episodios que describe. Su desventaja, justamente, es que no es miembro de ese círculo, lo que le resta la posibilidad de explicar los motivos y las razones de las acciones de AMLO.

Al no tener una explicación de por qué iban arriba, después bajaron, se empató y al final perdieron, los lopezobradoristas optan por reducir cada uno de los episodios que les resultaron adversos a un mínimo denominador. Así dejan afuera tantos detalles como les es posible, especialmente todos los que en su conjunto describen una realidad más compleja de acuerdos, decisiones, arreglos maquiavélicos, tanto del propio AMLO como de sus aliados y de sus opositores.

Pero si la historia es tan simple, uno tiene que preguntarse nuevamente por qué es necesario un libro más. Además, precisamente otro libro, no sólo desde la misma perspectiva (la de los simpatizantes de AMLO), sino exactamente desde el mismo lugar, o sea el entorno del círculo de los más allegados a Andrés Manuel. ¿Qué añade cada uno de los nuevos libros a lo dicho por el anterior?

¿Qué motiva a los miembros del grupo cercano a AMLO a escribir más o menos el mismo libro una y otra vez? No se trata de hilar un argumento que pueda convencer a una autoridad pública (el Tribunal Electoral ya resolvió y la opinión pública no se mece de acuerdo con un libro); más bien podría deberse a motivaciones más personales. Quizás se trata de demostrar quién es el más radical dentro del círculo de AMLO, o tal vez lo que importa más ahí dentro es mostrar quién le es todavía leal, a pesar de la derrota. —

— EMILIO ZEBADÚA

Dos caras



Andrés Manuel López Obrador
La mafia nos robó la Presidencia
México, Grijalbo, 2007, 301 pp.



Fernando Pliego Carrasco
El mito del fraude electoral en México
México, Pax, 2007, 220 pp.

Institucionalizado el fraude, las elecciones en México fueron por décadas un simulacro y un trámite. Cada seis años, nuestra “monarquía sexenal” se vestía de democracia dirigida para que los ciudadanos legitimáramos al ungido con la gracia de nuestro voto cautivo. Este sistema, sutil y perverso a partes iguales, perdió definitivamente su legitimidad en 1968 y dio su último canto, agónico cisne del fraude, en 1988. A partir de entonces, las cosas empezaron a cambiar, con avances y retrocesos, hasta desembocar en la reforma electoral de Zedillo, que retiró al gobierno federal del manejo de las elecciones, quitándole el lugar de convidado de piedra que aún conservaba. Las consecuencias fueron asombrosas: el mapa monocorde del país fue tiñéndose de azul en el norte y el Bajío y de amarillo en la capital y otros estados clave. El entramado de instituciones y nuevas prácticas exigidas por la oposición, más una sociedad madura que inclinó la utilidad de su voto, lograron en el año 2000 lo que

parecía un sueño inalcanzable: sacar al PRI de Los Pinos. Sólo la alternancia podía certificar a México como una democracia homologable. En este proceso, fueron decisivos tres elementos: la perseverancia histórica del PAN, el convencimiento de las elites culturales e intelectuales del país y la conversión a la democracia de la izquierda revolucionaria. Entre todos construimos un nuevo modelo ciudadano.

Por ello, resulta intolerable y profundamente irresponsable que tras unas elecciones, todo lo reñidas que se quiera, el candidato perdedor haga volar por los aires este consenso, vital para la convivencia civilizada en nuestro país. Ansias de poder irrefrenables, mirada de corto plazo que revela una miopía de cuello de botella y la eterna doble moral de los salvadores inmaculados, tienen hoy a la izquierda mexicana sumida en un atolladero axial: o seguir al caudillo en su despeñadero hacia ninguna parte o volver a las reglas de juego acordadas y reconstruir su liderazgo y su mensaje. Épica o ética. Esperpento o cordura. Máscara o transparencia.

De la avalancha de libros que sobre las pasadas elecciones han inundado el mercado dos de ellos funcionan complementariamente. Recomiendo modestamente leer primero *La mafia nos robó la Presidencia*, de un político tabasqueño. La incapacidad de ejercer la autocrítica, la pueril lectura de la compleja realidad mexicana, la maniquea visión de un mundo dividido entre buenos y malos, pobres y ricos, y la prosa de una monografía de primaria hacen ciertamente poco grata la lectura de este libro, cuyo interés estriba en algunas revelaciones involuntarias. La primera y quizá más grave es que su salida a la capital cuando tenía dieciocho años implicó un alejamiento definitivo de su núcleo familiar, ruptura que sólo se entiende si se acude a las hemerotecas de la época y a la extraña muerte de su hermano. La segunda es suponer que el PRI al que él entró y en el que trabajó era distinto por su simple voluntad retrospectiva. Y ter-

cer, la calaña moral de alguien que, a toro pasado, revela públicamente conversaciones y acuerdos privados. Pero mi recomendación tiene que ver con la nuez del libro: la repetición vacua del supuesto fraude, monstruo de mil rostros, que los poderes fácticos ordenaron para salvaguardar sus oscuros e inconfesables intereses.

Cumplida la dura misión de leer esto, hay que proceder con *El mito del fraude electoral en México*. Una editorial fuera del *mainstream* y un académico serio y desconocido han brindado a la sociedad mexicana un extraordinario instrumento para luchar contra la demagogia y el cinismo. *El mito del fraude electoral en México*, del doctor en sociología Fernando Pliego Carrasco, es uno de esos libros irrefutables que debería tener el poder de zanjar las bizantinas discusiones sobre el fraude. ¿Por qué en el PREP nunca se cruzaron los votos de Calderón y AMLO en una elección tan cerrada? Porque la llegada de los resultados no sucede al azar, si no que está determinada inevitablemente por el tiempo de llegada de las actas al centro distrital y este tiempo depende de factores concretos —por ejemplo, la distancia física entre la casilla y el distrito— o del grado de marginalidad del municipio. ¿Fueron los errores en el llenado de actas cometidos con dolo para favorecer a Calderón? No, ya que están presentes en la misma proporción y tipo tanto en las casillas que ganó AMLO como en las que ganó Calderón. ¿Era legal y posible el recuento de todos los votos? No, la Coalición solicitó en las calles, con bloqueo incluido, algo que no pidió ni en tiempo ni en forma jurídicamente. ¿Habrían salido pruebas del fraude en el recuento de votos ordenado por el tribunal? Sí, ya que fue una muestra sesgada la que se analizó que no varió significativamente el resultado final. ¿Los programas sociales del gobierno de Fox favorecieron a Calderón? No, en los municipios en que estos diversos programas se implementaron ganó AMLO, o Madrazo, quedándose en un lejano tercer lugar el candidato a la

postre ganador. El libro incluso demuestra que las campañas negativas en la televisión fueron perjudiciales según las encuestas disponibles para quien las auspiciaba, y que en el enfrentamiento verbal entre Vicente Fox y Andrés Manuel López Obrador, éste se mostró mucho más duro y constante en sus ataques.

Estos dos libros son as y envés de las pasadas elecciones, verdadero enfrentamiento simbólico entre el frío racionalismo apegado a los hechos y el voluntarismo nervioso y resentido. Veneno o antídoto, vómito o lavativa. —

— RICARDO CAYUELA GALLY

CRÓNICA

¿Verdades?



Sabina Berman
Un soplo en el corazón de la patria
México, Planeta, 2006, 197 pp.

A poco más de un año de las elecciones más controvertidas de la historia reciente de México, la lectura de esta colección de crónicas de Sabina Berman, escritas como testigo directo y privilegiado al calor de los acontecimientos, da pie para reflexiones detenidas que rebasan el recuento de la agitación política y social de aquellos días, y muestran un nervio que quedó más expuesto que nunca desde entonces: ¿de qué hablamos los mexicanos cuando hablamos de verdad?

Sabina Berman procede escogiendo algunas voces de distintas proveniencias sociales y geográficas, así como de diferentes filiaciones políticas para encauzar los hechos y el impacto en la mentalidad de la gente. Algunas de estas voces son anónimas y otras tienen nombre y apellido. Así, el mosaico

se antoja muy completo y representativo: el lector pronto se identifica con alguna de estas mentalidades, o bien halla el punto exacto de la discordia y, en el mejor de los casos, gracias a la atención y serenidad que se puedan alcanzar, da con las condiciones para la concordia.

Como emociones registradas por la autora en este libro, no sé cuál resulte más perdurable, si el entusiasmo esperanzado en pos de AMLO o el desencanto posterior de muchos de los votantes que éste se allegó después de las resoluciones antidemocráticas que tomó tras su derrota. Por supuesto que Berman permanece imparcial en su relato, pues uno de sus asuntos centrales es ofrecer todos los datos posibles para desvelar si hubo o no hubo fraude. Relata que, ante los ojos de muchos de sus allegados, quedó mal parada precisamente por no aceptar a ciegas el presunto fraude. Queda en vilo la pregunta: ¿Qué fuentes tuvieron los demás a las que ella no tuvo acceso, pese a sus contactos profesionales y genuinos intereses ciudadanos de rai-gambre de izquierda?

Desde luego, Sabina Berman no pasa por alto las irregularidades que hubo en algunas casillas, con votos contados a granel, errores aritméticos cometidos por ignorancia o prisa, o alterados dolosamente. Pero fraude en grande y orquestado no lo hubo, según se desprende de las indagaciones de la autora. Sí, en cambio —y esto a nadie se le escapa—, métodos sucios en la campaña por parte de empresarios y partidos y, sobre todo, la execrable parcialidad del ex presidente Fox: procedimientos de baja estofa que dejan maltraza la incipiente democracia mexicana.

También queda registrada esa parte de nuestra idiosincrasia que hace que nos sea más fácil mentir que decir la verdad. Así, sin importar la filiación política de cada cual, en este país todos seríamos priistas, expertos en formular verdades estratégicas, y capaces de mentir callando la verdad, de tal suerte que México sería el país de *la verdad sospechosa*.

El mayor tino de estas crónicas consiste en que la autora consigue poner en clave compartible y concreta las ideas, rumores y creencias que afloraron en aquellas elecciones, cuyas repercusiones aún perduran y tardarán en orientarse. Al no ser un libro interpretativo sino testimonial, el lado humano aparece por encima de la contingencia histórica.

En este sentido, el lector se mete de lleno en los distintos escenarios donde se llevaron a cabo los hechos que el volumen aborda, y comparte las entre-telas de la conciencia y de las emociones. Desde el gusto sabroso y honesto de la comida pueblerina que se servía en los campamentos del “plantón de Reforma”, hasta la apostura de Katia —el personaje que funge como delicado hilo narrativo y que le da cohesión al conjunto—, cuyo bebé, nacido con un problema físico durante la época de las elecciones, simbolizaría el estado crítico de la patria: con un soplo en el corazón.

La comparación de la patria con Alan, el bebé con síndrome de Down de Katia, se antoja bien conseguida merced a que ella logró, con amor y esmero absolutos, que el bebé consiguiera por sí mismo reparar el defecto cardiaco sin necesidad de cirugía. De modo que, implícitamente, Berman deposita en este libro, si no una solución para la concordia auricular y ventricular del corazón de la patria, sí un testimonio esperanzado.

¿Cómo? Sugiriendo la construcción de una suerte de resistencia cultural activa como alternativa a la “resistencia civil pacífica” que perpetró los “plantones”, y, sobre todo, como opción al surgimiento de grupos guerrilleros que atentan contra el Estado de derecho —que, por desgracia, se está viviendo en días recientes.

¿Qué deseamos los mexicanos?, cabe preguntar. En lo personal, me quedo con el método claridoso y activo de Sabina Berman: preguntar, estar aquí, poner atención, dudar, cuestionar, registrar voces significativas. —

— NOÉ CÁRDENAS